

Contenido de la unidad

Sesión 1 | Las huellas de la Contrarreforma en el *Guzmán de Alfarache*

1. CULTURA Y SOCIEDAD. La Contrarreforma y el panorama religioso a principios del s. XVII.
2. La dimensión teológica del *Guzmán de Alfarache*: sermón y simbología.
3. COMENTARIO.

Sesión 2 | Baltasar Gracián, lector del *Guzmán de Alfarache*

1. Baltasar Gracián: un hombre y su obra.
2. El elogio del *Guzmán* en la *Agudeza y arte de ingenio*.
3. El *Guzmán* y el *Criticón*: una relación hipertextual.

CAPÍTULO 1. Cómo, no hallando los parientes que buscaba en Génova, se fue a Roma, y la burla que antes de partirse le hicieron (375-83).

De las dificultades de los pobres y facilidades de los ricos (375-8). — Búsqueda de sus parientes genoveses (378-9). — Encuentro del viejo y burla de los demonios enmascarados (379-81). — Humillación y huida de Génova (382-3).

CAPÍTULO 2. Cómo saliendo de Génova comenzó a mendigar, y juntándose con otros pobres aprendió sus estatutos y leyes (384-93).

De la necesidad voluntaria e involuntaria (384-5). — Principio de la mendicidad y llegada a Roma (386-7) Desconfianza de otros mendigos (387). — Ordenanzas mendicativas (388-93).

CAPÍTULO 3. Cómo fue reprehendido de un pobre jurisperito, y lo que más le pasó mendigando (394-401).

Retrato de Micer Morcón (394-5). — Escarmiento del agua hirviendo (395-6). — Enseñanzas del “jurisperito” cordobés (396-8). — Métodos de los mendigos (398-401).

CAPÍTULO 4. Cuenta lo que le sucedió con un caballero y las libertades de los pobres (402-9).

De la caridad (402-3). — Caridad de un caballero (403-4). — De la impropiedad del pedir (404-6). — Libertades de los pobres: en pedir y en los cinco sentidos (407-9).

CAPÍTULO 5. Cuenta lo que aconteció en su tiempo con un mendigo que falleció en Florencia (410-8).

De la pérdida de las conciencias (410-2). — Cuento de Pantalón Castelletto: estropeo físico de su hijo, herencia de la albarda (412-4). — De cómo los pobres viven lejos de la murmuración (415-6). — De cómo el gobernador de Gaeta descubrió el engaño de la pierna (416-8). — Vuelta a Roma (418).

CAPÍTULO 6. Cómo, vuelto a Roma, un Cardenal mandó que fuese curado en su casa y su cama (419-28).

De la buena limosna (420-2). — Piedad del Cardenal (423). — Cura en casa del Cardenal y engaño de los médicos (425-428).

CAPÍTULO 7. Cómo sirvió de paje a Monseñor Ilustrísimo Cardenal (429-42).

Del perpetuo cambio (429-30). — Alegoría de la Verdad y la Mentira (431-4). — Vida como paje del Cardenal (435-8). — Hurto por gula (438-41). — Azotes del dómine Nicolao y engaño de los mosquitos (441-2). — Destierro: sirve al camarero (442).

CAPÍTULO 8. Cómo vengó una burla que el secretario hizo a un camarero a quien servía (443-51).

Burla del secretario al camarero (443-4). — Venganza de los pantalones pegajosos (445-6). — Hurto del barril de conserva almibarada (448-51).

CAPÍTULO 9. De otro hurto de conservas que hizo a Monseñor y cómo por el juego él mismo se fue de la casa (452-61).

Desafío del Cardenal y segundo hurto de conservas (452-5). — Vuelta al juego (455-7). — Censura del juego (457). — Falso despido de casa del Cardenal (459-60). — Orgullo de Guzmanillo (460). — Arrepentimiento del narrador (460-1).

CAPÍTULO 10. De cómo asentó con el embajador de Francia y de una historia que oyó a un gentilhomme napolitano (462-83).

De cómo harta el huésped en casa ajena (462-3). — Del libre albedrío (464). — De cómo entró al servicio del embajador de Francia (464). — Lance del inglés y la silla (465-6). — Lance del soldado español sediento (467-9). — Historia de Dorido y Clorinia (469-483): cautela de los padres de Clorinia (470), Scintila intermediaria y artificio del agujero (470-5), amor no correspondido de Oracio (475-7), venganza sangrienta de Oracio (477), venganza de Dorido (482), soneto sobre Oracio (483).

Vistióme el mayordomo y, despidióme. Corríme tanto dello, que como si fuera deuda que se me debiera tenerme monseñor consigo, haciendo fieros me salí sin querer nunca más volver a su casa, no obstante que me lo rogaron muchas veces de su parte con recaudos y promesas, diciéndome el fin con que se había hecho y sólo haber sido pensando reformarme. Significáronme lo que me quería y en mi ausencia decía de mí. Nada pudo ser parte que volviese; siempre tuve mis trece, que parecía vengarme con aquello. Estendíme como ruin, quedéme para ruin, pues fui ingrato a las mercedes y beneficios de Dios, que por las manos de aquel santo varón de mi amo me hacía. Justa sentencia suya es que a quien las buenas obras no aprovechan y las tiernas palabras no mueven, las malas le domen con duro y riguroso castigo. Fuera de juicio salgo del poco mío que tuve, dándoseme por todo nada, como si nada me faltara. ¡Cuánto menosprecié lo mucho que por mí se hizo, tan sin qué, por qué ni para qué, pues ni en mi capacidad cabía ni a mi servicio se debía ni por gratitud lo merecía! ¡Qué mal supe conservar aquel bien presente ni merecer el que con aumento esperaba y sin duda recibiera! ¡Qué desconocido anduve al regalo con que fui curado! ¡Qué olvidado de la solicitud con que fui administrado! ¡Qué ingrato a la caridad con que fui servido! ¡Qué descuidado del cuidado con que fui doctrinado! ¡Qué soberbio a la mansedumbre con que fui amonestado! ¡Qué pertinaz a las dulces palabras con que fui persuadido! ¡Qué sordo a las graves razones amorosas con que fui reprehendido! ¡Qué áspero a la paciencia con que fui sufrido! ¡Qué incorregible al favor con que fui defendido! ¡Qué rebelde a los medios que para mi remedio se buscaron! ¡Qué incapaz del buen término con que fui tratado y que sin enmienda de los descuidos que me disimularon!

Si cualquiera de los dos que me tuvieron por hijo fuera vivo, ni ambos juntos que volvieran a su prosperidad, hicieran tanto ni con tanto amor, sufriendome por solo él tantas y tan perjudiciales travesuras, que así tan desenvueltamente las usaba, no como en casa de mi señor ni de mi padre, sino cual en la mía. Con menos respeto trataba en su presencia que si fuera igual mío, y él con entrañas de Dios me lo sufría. Estoy cierto que quien me engendró me hubiera aborrecido y dejado de la mano, cansado de mis cosas. Monseñor no se cansó, no se indignó ni airó contra mí.

¡Oh, condición real, heredada del Padre verdadero, hacer bien y más bien a los tales como yo! Esperándome un día, una semana, un mes, un año y muchos años, no faltando con sus misericordias en todos ellos, para que no haya excusa y que, atajados con vergüenza, pronunciemos contra nosotros la sentencia que nuestros delitos merecieren.

En todo seguí mi gusto, a todo hice oídos de mercader. Apelé para mi carne, que - pronta para mis vicios- en seguirla me desvanecí. Tuve para ejecutarlos fuerzas, para buscarlos habilidad, para perseverar en ellos constancia y para no dejarlos firmeza. Tanto en ellos era natural, como extraño en las virtudes. Querer culpar a la naturaleza, no tendré razón, pues no menos tuve habilidad para lo bueno, que inclinación para lo malo. Mía fue la culpa, que nunca ella hizo cosa fuera de razón; siempre fue maestra de verdad y de vergüenza, nunca faltó en lo necesario. Mas, como se corrompe por el pecado y los míos fueron tantos, yo produje la causa de su efeto, siendo verdugo de mí mismo.

Oyeron en esto un gran ruido, como de pendencia, en un rincón de la plaza, entre diluvios del populacho. Era una mujer, origen siempre del ruido, muy fea, pero muy aliñada: mejor fuera prendida. Servíala de adorno todo un mundo, cuando ella le descompone todo. Metía a voces su mal pleito, y a gritos se formaba cuando más se deshacía. Habíalas contra otra mujer muy otra en todo, y aun por eso su contraria. Era ésta tan linda cuan desaliñada, mas no descompuesta. Iba casi desnuda: unos decían que por pobre, otros que por hermosa. No respondía palabra, que ni osaba ni la oían. Todo el mundo la iba en contra, no sólo el vulgo, sino los más principales, y aun..., pero más vale enmudecer con ella: todos se conjuraron en perseguirla. Pasando de las burlas a las veras, de las voces a las manos, comenzaron a maltratarla; y cargó tanta gente, que casi la ahogaban, sin haber persona que osase ni quisiese volver por ella.

Aquí, naturalmente compasivo, Andrenio fue a ponérsele al lado, más detúvole el Quirón, diciendo:

—¿Qué haces? ¿Sabes con quién te tomas y por quién vuelves? ¿No adviertes que te declaras contra la plausible Mentira, que es decir contra todo el mundo, y que te han de tener por loco? Quisieronla vengar los niños con sólo decirla, mas como flacos y contra tantos y tan poderosos, no fue posible prevalecer, con lo cual quedó de todo punto desamparada la hermosísima Verdad, y poco a poco, a empellones, la fueron todos echando tan lejos que aun hoy no parece ni se sabe dónde haya parado.

—Basta que no hay justicia en esta tierra— decía Andrenio.

—¡Cómo no! —le replicó el Quirón—, pues de verdad que hay hartos ministros suyos: justicia hay, y no puede estar muy lejos estando tan cerca la Mentira.

Asomó en esto un hombre de aspecto agrio, rodeado de gente de juicio; y así como le vio, se fue para él la Mentira a informarle con muchas razones de la poca que tenía. Respondióla que luego firmara la sentencia en su favor, a tener plumas. Al mismo instante, ella le puso en las manos muchos alados pies, con que volando firmó el destierro de la Verdad, su enemiga, de todo el mundo.

—¿Quién es aquél —preguntó Andrenio— que para andar derecho lleva por apoyo el torcimiento en aquella flexible vara?

—Éste —respondió Quirón— es juez.

—Ya el nombre se equivoca con el vendedor del Justo. Notable cosa, que toca primero para oír después. ¿Qué significa aquella espada desnuda que lleva delante, y para qué la lleva?

—Ésa —dijo Quirón— es la insignia de la dignidad, y juntamente instrumento del castigo; con ella corta la mala yerba del vicio.

—Más valiera arrancarla de cuajo —replicó Critilo—. Peor es a veces segar las maldades, porque luego vuelven a brotar con más pujanza y nunca mueren del todo.

—Así había de ser —respondió Quirón—, pero ya los mismos que habían de acabar los males son los que los conservan, porque viven dellos.

Del *Discurso LVI*: “Merecen el primer grado, y aun agrado entre las ingeniosas invenciones las graves epopeyas. Composición sublime por la mayor parte, que en los hechos, sucesos y aventuras de un supuesto los menos verdaderos, y los más fingidos, y tal vez todos, va ideando los de todos los mortales. [...] Aunque de sujeto humilde, Mateo Alemán, o el que fue el verdadero autor de la *Atalaya de la vida humana*, fue tan superior en el artificio, y estilo, que abarcó en sí la invención griega, la elocuencia italiana, la erudición francesa, y la agudeza española.”

Del *Discurso LVII*: “Es el estilo natural, como el pan, que nunca enfada: gustase más de él que del violento, por lo verdadero, y claro, ni repugna a la elocuencia, antes fluye con palabras castas y propias. Por eso ha sido tan leído y celebrado Mateo Alemán, que a gusto de muchos, y entendidos, es el mejor y más clásico español.”

[Después de citar un pasaje de *Ozmín y Daraja*]: “¿Qué cosa más dulce puede hallarse? ¿Qué cultura que llegue a la elocuencia natural? En las cosas hermosas de sí, la verdadera arte ha de huir del arte y afectación.”